

El País Digital, lunes 22 junio de 1998

La palabra 'señor' sustituye al clásico 'compañero' en la jerga revolucionaria cubana

MAURICIO VICENT, La Habana

Una nueva polémica sobre la conveniencia del uso de la expresión revolucionaria *compañero* en contraposición a la de *señor*, cada vez más extendida en Cuba pese a su sabor a capitalismo salvaje, ha vuelto a las páginas del diario comunista *Granma*. El choque ideológico entre el *compañero* y el *señor*, si bien adquiere ahora nuevos bríos, no es nuevo. Comenzó en 1994, cuando se hicieron notar los primeros efectos de las reformas económicas de corte aperturista introducidas por el Gobierno de Fidel Castro.

Hoy, cuando la brecha que separa los discursos oficiales de la realidad que se vive en la isla se amplía cada vez más, de nuevo los guardianes de la ideología y la semántica revolucionaria han vuelto al ataque.

«Por más que le huyo, la palabra *señor* amenaza con perseguirme en sustitución del ya familiar *compañero*», escribía recientemente en *Granma* un columnista oficial. Como si se tratase de una cuestión de definición filosófica meridiana, el periodista explicaba que «el vocablo *compañero* es a la vez interjección, vocativo y hasta original saludo, arraigado ya hace casi cuatro décadas como genuina expresión entre los hombres en la nueva sociedad que formamos y construimos». En cambio, «*señor* suena más protocolar, al tratamiento cortés a extranjeros o turistas, que a la relación entre cubanos».

Históricamente, los discursos de los dirigentes cubanos después de 1959 solían comenzar con el consabido saludo «*compañeros y compañeras*». El término se fue extendiendo, y después de esa fecha, en cualquier oficina le recibían a uno con un sonoro *compañero*, tanto para las buenas como para las malas noticias.

Un tanto inadecuado

Ejemplo de estas últimas son el «*compañero, haga la cola*», o el fatídico «*compañero, se le advirtió*», antes de una sanción o de un rotundo no. Hasta 1993 no existió otra palabra mejor para dar inicio a una reunión o romper el hielo con un desconocido. Sin embargo, la legalización del dólar, la apertura de la economía a algunos negocios privados y la entrada de empresas extranjeras hizo que el *compañero* comenzase a sonar inadecuado para cerrar un negocio millonario o servir un pescado a la plancha a un cliente en un restaurante privado. Así comenzó a mandar el *señor*.

El columnista de *Granma* no ocultaba en su artículo su tristeza por esta realidad. Pero, al parecer, lo que más le molestaba de todo es que los cubanos convirtiesen a toda prisa el *compañero* en una pieza de museo al hacerlo *desaparecer* de su vocabulario incluso en las conversaciones entre cubanos. El *señor*, comentaba con manifiesta indignación, «hasta me da la bienvenida en acogedora recepción, ya no sólo por atentas secretarías, sino también por gerentes y empresarios tan criollos como yo».

El lamento lingüístico-revolucionario del articulista de *Granma* por la tendencia al «abuso» del *señor* llega a plantear el asunto en términos de batalla por la defensa de la identidad o de un principio patrio: «¿Por qué desarraigarnos de una palabra como *compañero*, que más allá de su aspecto lingüístico refleja un proceso social que nos ha hecho sentirnos más cercanos e iguales?», se preguntaba el periodista.

Él mismo daba respuesta y moralina en el siguiente párrafo: «Los necesarios cambios que impone y exige constantemente la vida no pueden llevarnos a la ingenuidad de modificar de manera tan sutil cuestiones esenciales de nuestro modo de ser».

© Copyright DIARIO EL PAÍS, S.A. - Miguel Yuste 40, 28037 Madrid.